

miraron y se levantaron, de un solo movimiento el más joven, con lentitud el mayor, que aprovechó el gesto con que tomó impulso despegándose de la banqueta, para arrojar la colilla sobre las brasas de la chimenea. Carmelo Amado, el sobrino de aquel Carmelo Amado que se tragarón las arenas de África, último heredero de cuanto a él debería haberle correspondido y también —como una reparación o como una usurpación, ¿quién podría decirlo con certeza?— de su nombre, acababa de nacer. El reloj que había sobre la consola del pasillo marcaba las seis de la mañana. Era el dieciséis de febrero de 1948. Cuando los dos hombres llegaron al piso superior, frente a la puerta de la parturienta, la comadrona sostenía entre las manos al recién nacido y alargó los brazos para ofrecerlo a la vista de los dos hombres, que lo contemplaron desde una precavida distancia que parecía acordada por anticipado, antes de cogerlo en brazos uno después de otro. Cumplido ese ritual y expresada su satisfacción entre susurros, el mayor se quedó ante la puerta mientras que el más joven se metió en la habitación llevándose al recién nacido que no dejaba de llorar.

Raúl Vidal se lavaba primero las manos en el grifo que había cerca del arca de agua bajo cuya manga las máquinas de vapor llenaban sus grandes estómagos negros. Cada tarde, fuese invierno o verano, lo hacía así. Se quitaba primero las manchas de grasa y carbón de las manos, frotándose con el estropajo, y una vez que tenía las manos limpias, se metía en la lampistería, en uno de cuyos extremos había una ducha, se desnudaba por completo y se ponía bajo el surtidor para lavarse con agua fría el resto del cuerpo. Le gustaba llegar con la ropa limpia a casa y dejar en las perchas del almacén las prendas manchadas que usaría al día siguiente, aunque su mujer le tuviera preparado en casa el balde con agua caliente y algunas veces completase, frotándole la espalda, la higiene de cada día. No le parecía bien atravesar los descampados de la estación y cruzar las callejuelas que llevaban hasta su casa vistiendo los harapos sucios que se ponían los peones ferroviarios para trabajar. Algunos compañeros bromeaban cuando veían su cuerpo blanco y musculoso desnudo bajo la ducha, pero a él no le importaba. Se secaba sentado en el banco que había junto

a los sucios azulejos, se ponía el pantalón oscuro y la camisa blanca, encendía un cigarrillo y se dirigía a su casa. En invierno, la piel de la cara en contacto con el agua fría se le coloreaba intensamente, y más aún cuando a continuación se enfrentaba con el aire que vagaba libre entre los vagones parados en la enorme explanada de la estación. Esos días fríos ya era de noche cuando abandonaba la nave de la lampistería y, en su camino, se encontraba con la luz de la taberna que a veces le atraía durante unos momentos. Se tomaba una copa allí, y seguía en dirección a su casa. Desde que había nacido su hijo, las paradas en la taberna eran aún más breves. Le gustaba ver cómo iba creciendo aquel hijo tardío e inesperado que Adela había concebido cuando ya pasaba de los cuarenta y él se acercaba a los cincuenta. Los primeros meses se entretenía viendo cómo se acercaba su boquita ansiosa a la areola ancha y oscura del pecho de ella y cómo las gotas de leche le manchaban la comisura de los labios. A veces alargaba el dedo ante la mirada escandalizada de ella y lo mojaba en aquella leche y luego se lo llevaba a la boca: era dulce y tenía el calor de lugares ocultos que él auscultaba periódicamente durante la noche, o en las pesadas horas de la siesta veraniega, cuando la luz del sol formaba en la pared rayas irregulares, siguiendo los espacios que quedaban entre las láminas de madera de la persiana; en ocasiones, había acercado sus labios para besar al tiempo el pecho de ella y la carita del niño. Después de la cena, se quedaba en la mesa del comedor leyendo bajo la lámpara las hojas de los periódicos que los pasajeros dejaban olvidados en los asientos, o en las redecillas para equipajes, y que él guardaba en el bolsillo de la chaqueta al volver a casa. Antes de que pasaran las limpiadoras, se daba un paseo por los vagones y recogía los tres o cuatro periódicos abando-

nados y que nadie querría de no ser para envolver alguna mercancía. Por la noche, ya en casa, leía bisbiseando y siguiendo con el índice el trayecto de las diferentes líneas impresas, como si tuviera miedo de perderse entre ellas. Adela, su mujer, y Ana, la hija, cosían en sillas bajas cerca de él, y él leía inclinado sobre la sábana impresa del periódico con una atención desmesurada. Algunas noches era la hija la que se encargaba de leerle. Raúl entornaba los ojos y escuchaba las noticias, pidiéndole de vez en cuando que repitiese algún párrafo cuyo sentido se le había escapado. Se sentía orgulloso de Ana. Él le había enseñado las primeras letras, pero muy pronto la niña había aprendido a pronunciarlas con una entonación cuidadosa, segura, uniéndolas hasta formar palabras y destacando algunas palabras y haciendo que otras fluyeran de manera imperceptible. También dibujaba de modo notable, y bordaba, y con doce años ya hacía labores para el vecindario y traía algún dinero a casa y le llevaba las cuentas de la economía doméstica a la madre. Raúl se entretenía ojeando los cuadernos cuadrículados que ella coloreaba hasta conseguir las figuras que luego bordaba en la tela: los patitos amarillos y las cestas llenas de flores, las frutas, las casitas de tejas rojas y puertas azules con que adornaba las sábanas, las almohadas, las batas y baberos de los recién nacidos; las letras entrelazadas destinadas a marcar los ajueres de quienes iban a casarse, o las pecheras de algunos vestidos y los bolsillos de camisas y pijamas, o los ángulos de los pañuelos. En verano, a la salida del trabajo, Raúl cultivaba el huerto que había alquilado en las traseras de la casa y la niña y la mujer venían a traerle la merienda y le ayudaban a abrir y cerrar los surcos por donde iba discurriendo el agua. A veces, con el buen tiempo, cuando él no tenía servicio, pasaban el día

entero en el huerto. Precisamente allí, en aquel huerto, se había enterado una tarde de principios de verano del nacimiento del niño. Ana había venido a avisarle de que la madre se había puesto repentinamente enferma y él había corrido a casa, pero cuando había llegado, el niño estaba limpio y acurrucado sobre el pecho de Adela. Pensó que iba a parecerse a él, que a aquel niño tampoco le gustaba que lo viesen sucio. Por la noche había invitado a los amigos a beber en la taberna y había vuelto a casa con unas copas de más y un puro entre los labios. Fue aquella noche la que más echó de menos a su hermano. Animado por las copas, llegó a pasar bajo los balcones de la casa en que vivía, y había estado a punto de llamarlo para invitarlo a beber con él. No se había atrevido. Tal vez, el nacimiento del niño hubiera sido una buena razón para volver a unirlos después de dos años sin hablarse. Se evitaban cuidadosamente, aunque la verdad es que en Bovra apenas coincidían en ningún lugar: ahora se movían en ambientes diferentes. Su hermano frecuentaba los bailes del casino, las excursiones que periódicamente trasladaban a la buena sociedad local a lugares como Fátima, Lourdes, Ávila o Santiago de Compostela, y también a playas más o menos alejadas, mientras que él seguía moviéndose en el reducido espacio que separaba la estación de la taberna y de su casa, y sólo de vez en cuando se acercaba a los bares de la plaza para encontrarse durante algunas horas con Hermenegildo, su amigo desde la infancia, que, cuando se casó, unos años antes, se trasladó a vivir a una casa situada en la barriada recientemente construida junto a la carretera. Con Hermenegildo, acudía también al fútbol algunas tardes de domingo, prosiguiendo una costumbre de adolescencia que durante años compartieron con Antonio, a quien ahora veían

al otro lado del campo, en la tribuna, rodeado por toda aquella gente encorbatada que se movía despacio y como si sólo miraran hacia el interior de sí mismos. Era el único lugar en el que solía ver a Antonio y a veces pensaba que, si cada vez acudía a los partidos con menos ilusión, era precisamente por eso, porque el verlo allí, a lo lejos, moviéndose con aquella seguridad recién adquirida, le quemaba la sangre y lo llevaba a beber esas noches más de la cuenta y a regresar a casa con un mal humor que dejaba caer sobre su mujer y su hija. Qué culpa tenían ellas de sus dificultades. Desde que acabó la guerra, había tenido que conformarse con continuar como peón de Vías y Obras, viendo cómo ascendían rápidamente los que llegaban de fuera avalados por recomendaciones que siempre destacaban su conducta patriótica en el bando nacional, o los que, habiendo trabajado con él antes de la guerra, habían actuado en el ferrocarril como colaboracionistas: los de la quinta columna, que era como se llamó durante la guerra a quienes boicoteaban el servicio, trabajaban con desgana traidora y hasta cometían pequeños atentados en el material del ferrocarril. Él nunca se había destacado en política. Había militado, como casi todo el mundo, en la UGT; había servido en el ejército de la República, en Teruel, y en Gandesa, porque Bovra había caído del lado republicano y también porque ésas eran sus ideas como trabajador, como proletario, que se decía en aquellos años; había ayudado a su hermano —que había sido militante de las Juventudes Socialistas Unificadas y por ello encerrado y condenado a muerte— durante los tres años que permaneció en la cárcel de Alcoy. Y eso era lo que pagaba ahora en el trabajo. Sobre todo, lo último. Porque su hermano había empezado a relacionarse enseguida con quienes lo habían delatado y mantenido en-

cerrado, y él se había distanciado, y esa actitud de distanciamiento le había procurado un aura reciente de rojo. Tenía huevos que quien había sido rojo militante, y acudido a mítines, y exhibido banderas y colaborado en la requisición de bienes de burgueses y colaboracionistas, e incluso arrojado un bidón de gasolina en la fachada de la iglesia, prendiendo un fuego que había tizado de hollín las imágenes de piedra del portal, hoy fuera uno de los animadores de la población, apoyándose en la amistad de Eduardo Alemany, el propietario de la fábrica de harinas y de la exportadora de frutas. Antonio había salido de la cárcel con prisa por vivir los años que había perdido allí dentro. «¿Sabes, Raúl?», le dijo el día que volvió de la cárcel, mientras Adela le frotaba con petróleo la cabeza para intentar quitarle los piojos, «yo ya he hecho bastante. Tú no sabes lo que yo he pasado.» Raúl pensó que sabía lo suficiente. Aunque sólo había estado un par de meses en la cárcel al final de la guerra, porque, aparte de haber servido en el ejército republicano, no existía ninguna denuncia ni encontraron ningún cargo contra él, sí que sabía lo que era pasar hambre, porque durante los tres años que Antonio había permanecido preso, el poco dinero que habían ganado en casa se les había ido en viajes a la prisión para llevarle una comida que ellos se habían quitado de la boca. O sea, que en el fondo estaba convencido de que, de los dos, quien en realidad había pasado más hambre durante aquellos años había sido él. Si Antonio supiera la de días que él había llegado a casa diciendo que no tenía ganas de comer, para dejarles a Adela y a la niña lo indispensable y poderle llevar al hermano unos pocos boniatos asados, un pan, huevos (un huevo tenía la blancura de un milagro durante aquellos años), o unas naranjas (las naranjas eran reconstituyentes

como el sol: medicina, salvación). Por eso, y porque el miedo o el rencor y la venganza no deben nunca traspasar ciertos límites, porque, si los traspasan, degradan al hombre y lo convierten en un pelele, no había entendido aquella prisa de su hermano por mostrar a todo el pueblo el abandono de sus viejas ideas. Cuando vinieron a contarle que, una tarde de domingo, en el cine, al final de la sesión —y según las normas que habían impuesto los vencedores—, se levantaron los espectadores para entonar brazo en alto el «Cara al sol», y que Antonio, que estaba entre ellos, hizo lo mismo, y un camisa vieja lo abofeteó delante de todo el mundo, diciéndole que un hijo de puta rojo no tenía derecho a manchar el himno de José Antonio, Raúl pensó que su hermano había traspasado esa barrera que separa en un hombre la vergüenza de la dignidad, y que a partir de entonces alguien podría echarle un pedazo de pan al suelo y que él lo cogería con la boca, que alguien podría darle una patada y él se escaparía a la carrera gimiendo exactamente igual que un perro. Pero su hermano no se inmutó. Volvió al cine al domingo siguiente, y cantó de nuevo el «Cara al sol» con los ojos entornados. Y ya nadie le dijo nada. Y a las pocas semanas, invitaba a un café a la hermana de Alemany y a sus amigas, y hacía bromas con ellas en el paseo, delante de todo un pueblo que aún no había recuperado el humor para las bromas, de unos hombres que aún tenían a sus hermanos, a sus familiares y amigos en la cárcel y que, si acudían al paseo los domingos a aquellas horas, era porque allí se contrataban los jornales para la semana entrante. Raúl no sabía si Antonio se hizo primero socio de Alemany o novio de su hermana, ni las humillaciones que tuvo que pasar antes de ser admitido en aquella casa que se había distinguido por su orgullosa militancia de derechas. Lo

cierto es que se casó al poco tiempo con la única hija de la familia, y que, como es lógico, ni siquiera se molestó en invitarlos a él y a Adela, que lo habían alimentado durante sus años de presidio, y recogido, lavado, vestido y alimentado cuando volvió. Raúl sentía amargura y desprecio, pero también, muchas noches, cuando veía que Adela se quedaba cosiendo hasta tarde para poder ayudar en la economía de la casa y que sus compañeros del ferrocarril se escapaban hacia puestos de mayor dignidad laboral y mejor remunerados, se veía a sí mismo como un pobre hombre, y llegaba a pensar que el perro que se agachaba a coger con la boca el pedazo de pan que le tiraban no era su hermano, vestido con trajes de alpaca, fumando cigarrros habanos y pasando la petaca de cuero en la grada del campo de fútbol, o poniéndose el sombrero a la salida de la iglesia, sino él, sucio de grasa y carbón, guiando y empujando la vagoneta de Vías y Obras, o metido en el barro y regando los tomates que su mujer llevaría al día siguiente, bajo un sol abrasador, al mercado; lleno de grasa, en la estación, haciendo los trabajos que los demás despreciaban, viendo cómo su mujer tenía que quedarse hasta el amanecer planchando cuidadosamente unos trajes que no podría ponerse ni siquiera en sueños. Entonces deseaba liarse una soga alrededor del cuello, igual que se les ata a los perros (¿qué era él?); pero, de un tiempo a esta parte, además de sus dos mujeres, estaba el niño. Raúl ya empezaba a pedir las cosas por su nombre y manchaba con lápices de colores los cuadernos que Ana le ponía delante, y señalaba con el dedo y decía casa, árbol, agua, y perro: ya decía con unas erres estropajosas la palabra perro.

Los días de lluvia disminuía la recaudación. La gente se protegía en los soportales de la plaza y se pasaba la tarde girando bajo ellos, y era como si no quedara espacio para los clientes, o como si no soportasen que, en medio de aquella aglomeración, los vieran allí subidos en la silla del limpia a la que se ascendía pisando dos cajones de madera: además, para qué iban a brillantarse los zapatos, si enseguida el barro y la lluvia volvían a mancharlos. Sólo algunos ganaderos, algunos corredores y tratantes venidos de la provincia, le pedían que les untase con sebo los botos recién comprados, para que el agua no cuarteara el cuero. Pedro del Moral, el limpia que se ponía siempre al lado de las mesas del Novelty, odiaba los días de lluvia. Apenas empezaba a oscurecer, cargaba con la banqueta y con la caja en la que guardaba el betún y los cepillos, y que le permitían que depositase en el sótano del café a cambio de algunos servicios que prestaba, recados y cosas así. Se frotaba las manos con cuidado de que no quedase ninguna mancha de betún en el lavabo blanco, amarraba las sillas con una cadena que aseguraba con un candado y se dirigía,

En su viaje hacia el internado, Raúl vio por vez primera en su vida la nieve. Por la noche, ya a la salida de Madrid, donde habían tenido que hacer transbordo y cambiaron de la estación de Atocha, a la que llegaban los trenes de Valencia, hasta la de Príncipe Pío, que era la terminal de los que procedían del norte, había observado desde la ventanilla del tren aquella superficie reluciente que iluminaba a su paso la luz del convoy y que más allá de lo que alcanzaban las luces de las ventanillas se prolongaba en una especie de oleada lechosa que ocupaba los montículos y las extensiones que la noche devoraba en límites imprecisos. La nieve iba a ser su compañera durante los primeros meses que pasó en el orfanato. La estuvo viendo durante toda la noche a través de la ventanilla del vagón, y luego, a medida que crecía la luz del día, empezó a descubrirla destellante, a ratos rosada, en otros puntos dorada, en otros con una blancura cegadora, y la vio luego colgando sobre la marquesina de la estación de León, y envolviendo el desolado paseo que conducía hasta el colegio. Las ramas yertas de los árboles y los arbustos cubiertos con aquel algodón

formaban un decorado que le daba la primera lección práctica de un invierno que él sólo había visto en el cine y en las ilustraciones de los libros, porque el invierno en su tierra era todo verdor de árboles de hoja perenne, de naranjos, penachos de palmeras, algarrobos y pinos. Primero había visto la nieve, y ahora, desde que había puesto los pies en el suelo, la pisaba y notaba su crujido y su blandura y el frío que se apoderaba de sus pies y que le daba la impresión de que le encogía los dedos, y que era al encogerse cuando le provocaban aquel dolor intenso. Caminaba quedándose un paso detrás de su madre. Llevaba la maleta en la mano izquierda y con la derecha apretaba la de su madre. El edificio del internado se levantaba detrás de una valla de granito: era una enorme mole de piedra culminada por un agudo tejado de pizarra. Se accedía a la puerta principal por una ancha escalinata de cuya superficie alguien había hecho desaparecer la nieve. En cuanto penetraron en el interior del edificio, un hombre de aspecto robusto, que más adelante sabría que era el jefe de estudios, salió a recibirlos, tendiéndole una mano a la mujer y poniendo la otra sobre la cabeza de Raúl. «Besa a tu madre, despídete de ella», dijo al cabo de pocos minutos el jefe de estudios, mientras hacía un gesto indicándole a alguien que se asomó a la sala —un hombre de cabellos escasos y rojizos, al parecer encargado del almacén— que se llevara al muchacho. La madre de Raúl lo besó varias veces y resultó evidente que apenas podía contener la emoción, porque se le humedecieron los ojos. «Señora, el niño estará mejor aquí que en casa», cortó el jefe de estudios la despedida, de un modo que a Raúl le pareció brusco. El muchacho se marchó acompañado por el hombre de pelo rojizo. Detrás de él cruzó de nuevo el hall, en cuyo centro las baldosas de mármol blanco y negro

formaban una rosa de los vientos, y subieron la escalera principal. Cuando Raúl apoyó la mano sobre la barandilla, que era de metal dorado y que relucía bajo una enorme lámpara, el hombre se volvió para decirle que la apartase, y añadió: «Ya tendrás tiempo de enterarte de que no se toca la barandilla.» Raúl se sintió incómodo, torpe. Y fue en ese momento cuando notó crecer en él una emoción que hasta aquel instante no había sentido. Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Qué otras cosas desconocería, qué otros errores cometería. Por un instante, creyó que no iba a ser capaz de continuar el ascenso, que iba a dar media vuelta para volver junto a su madre a pedirle que no lo dejara quedarse allí, con aquella gente extraña cuyas costumbres desconocía. Pero llegó al descansillo del segundo piso y caminó por un pasillo mal iluminado hasta una sala cubierta de azulejos blancos, que tenía dos filas de pequeños cubículos por encima de los cuales destacaban las figuras metálicas de las duchas. El hombre le pidió que se desnudara y le entregó una pastilla de jabón y un estropajo, y, mientras él se estaba lavando, apartó la cortina para mirarlo y darle indicaciones. «Tienes que frotar más fuerte», le dijo, «sin miedo.» Él obedeció, como obedeció sus indicaciones para que se vistiera con unas prendas que eligió en la sala contigua, incluidas las gruesas botas de cuero, que, al poco rato, ya le lastimaban de nuevo los pies que había empezado a castigar el frío. Ante un mostrador de madera tuvo que entregar la maleta de cartón que traía la ropa que su madre había preparado y que guardaba también algunas chocolatinas caras, de Nestlé, que ella y su hermana le habían comprado excepcionalmente para el viaje, y que él nunca había tenido ocasión de probar en su pueblo, aunque había visto algunas parecidas en manos de los compañeros mejor

vestidos de su escuela, que las abrían despacio en el patio, separando las láminas de papel y guardando el papel de plata entre las hojas de los libros; y también media docena de tebeos con los dibujos en color, de colecciones que nunca habían estado al alcance de su modesto presupuesto de hijo de viuda en Bovra, porque un solo ejemplar costaba más dinero que el que su madre le daba para sus gastos dominicales, incluido el cine. Aquella maleta que entregó en el almacén, y de la que no le dejaron tocar nada, ni siquiera las chocolatinas y los libros, no volvería a verla hasta el verano siguiente, cuando la recogió para las vacaciones, aunque, por entonces, ya no tenía el aspecto que tanto le gustó cuando su madre lo había llevado con ella a la tienda para comprarla. El cartón se había deteriorado. Tenía manchas azules de humedad sobre la superficie amarilla; y de las chocolatinas y tebeos, que tantas noches había recordado durante aquellos meses, y que esperaba volver a encontrar cuando la abrió de nuevo, no quedaba ni rastro.